



OPINIÓN



POR PABLO
CABAÑAS DÍAZ

La foto de la cúpula de Morena

Decía Jesús Reyes Heróles: “seremos inflexibles en la defensa de las ideas, pero respetuosos en las formas, pues en política, frecuentemente, la forma es fondo”.

En México, el poder a menudo se disfraza de ideología y de causas nobles, pero en realidad, en nuestro país la política ha sido, un terreno fértil para la traición y el oportunismo.

El pasado 9 de marzo, miles de personas se concentraron en el Zócalo de la ciudad de México en apoyo a los esfuerzos de la presidenta Claudia Sheinbaum para evitar los aranceles anunciados por su par estadounidense, Donald Trump.

En el templete donde se reunió la cúpula de Morena con tal de sacarse una fotografía juntos, Andrés Manuel López Beltrán, Adán Augusto López Hernández, Ricardo Monreal Ávila, Manuel Velasco Coello y Luisa María Alcalde Luján le dieron la espalda a la presidenta Claudia Sheinbaum, mientras ella se dirigía a dar su mensaje. Se les olvidó que la forma es fondo.

En el video se aprecia cómo la cúpula de Morena se está tomando una fotografía mientras la presidenta se les acerca para saludar al hijo de Andrés Manuel López Obrador y este la ignora.

La escena, quedó grabada, y pasaría desapercibida si no fuera por las malas relaciones que tiene Sheinbaum, con López Hernández y Monreal Ávila desde que compitieron por la candidatura de Morena a las elecciones presidenciales, y que se han agudizado cuando cada uno tomó sus funciones en la 4T: la primera como presidenta de la República, el tabasqueño como dirigente de la bancada de Morena en el Senado, y el zacatecano como líder del partido en la Cámara de Diputados.

Claudia Sheinbaum está -de manera formal- al frente de la presidencia mexicana

más poderosa bajo el régimen democrático. Ningún candidato presidencial había tenido una victoria tan abultada.

Más allá del aura de legitimidad que le otorgó ese margen de aprobación, Sheinbaum ganó mucho más que la presidencia.

Ni Fox, ni Calderón, Peña Nieto, ni López Obrador tuvieron tanto poder dentro del aparato estatal como el que ella obtuvo el 2 de junio de 2024.

Pero como decía Platón: “allí donde el mando es codiciado y disputado no reinará la concordia”.

La última elección presidencial, de 2024, fue una auténtica rebelión de los votantes contra los antiguos partidos dominantes (PRI, PAN y PRD), que se vieron reducidos a su mínima representación parlamentaria.

Ese juego partidocrático encuadra las alianzas de Morena con formaciones muchas veces impresentables, lo que evidencia un pragmatismo que raya en un oportunismo difícilmente justificable.

El asunto se agrava, cuando en Morena compiten entre sí

por sus cotos de poder.

En Morena, cada vez más van tomando fuerza los usos y costumbres del PRI de antaño, y el encono heredado de las tribus del PRD, hay una militancia honrada e idealista pero arrinconada, que, de no apoyarla, se irá difuminando en el tiempo, hasta llegar al punto en que el programa obradorista se convierta en algo similar al cardenismo: una ideología nostálgica.

El de la presidenta es un partido agitado por las ambiciones de sus dirigentes, fragmentado en ínsulas de poder.

Se supone que la 4T, es una fuerte maquinaria electoral, pero carece de una base popular organizada.

En el fondo, la división en Morena expresa una virulenta pugna entre quienes ansían regresar a privilegios y proceder abusivos y corruptos, vigentes en el pasado, y quienes se atanan en el mantener el programa obradorista de la 4T.

En el templete donde se reunió la cúpula de Morena con tal de sacarse una fotografía juntos, Andrés Manuel López Beltrán, Adán Augusto López Hernández, Ricardo Monreal Ávila, Manuel Velasco Coello y Luisa María Alcalde Luján le dieron la espalda a la presidenta Claudia Sheinbaum, mientras ella se dirigía a dar su mensaje. Se les olvidó que la forma es fondo

